

EL ECO LITERARIO.

JURISPRUDENCIA PRÁCTICA.

Causa instruida en el juzgado de primera instancia de Novelda contra Antonio Bolo, sobre heridas á José Vallejos y muerte á José Iborra (1).

DE autos aparece, que Antonio Bolo en la tarde del 12 de diciembre de 1847 se fue al estanco de S. Roque, donde jugó con José Vallejos (a) Teñidor, un cuarto de cacahuet y una micheta de vino que bebieron entre cuatro ó cinco; que á la salida del estanco tuvo con Vallejos algunas contestaciones sin consecuencia inmediata; que de allí marchó Bolo á su casa y le manifestó á su patrona Ramona Crespo que queria matar á Vallejos, de cuyo intento no pudo ella disuadirle, y para impedir alguna desgracia, avisó á seguida á la muger de Vallejos para que previniese á éste evitase un encuentro con Bolo; que éste armado de sable y puñal, fue segun parece en busca del espresado Vallejos, á quien encontró frente de su casa y acometió causándole tres heridas, dos peligrosas y una leve, y á la consorte de éste Mariana Iborra que con un niño en brazos (así lo depone) trataba de impedir la muerte de su marido, otra herida de peligro: las de Vallejos causadas al parecer con instrumento de corte y punta, y sin espresarse la clase de arma con que fue hecha la de su muger. Marchó Bolo en el acto, y á sesenta pasos se encontró junto á la esquina de la casa de D. José Altet, con José Iborra, de 72 años, José Garcia y Antonio Diaz, que iban hablando de asuntos particulares, y por la espalda le dió al primero dos puñaladas, de cuyas resultas murió en el acto: acometió á seguida á Diaz, que pudo evitar le ofendiese, dando un salto y echando á huir, siendo de advertir que al errar el golpe que dirigió á Diaz cayó en el suelo; acto continuo se levantó y arremetió á Garcia, á quien hirió en la muñeca del brazo derecho. Todo esto sin preceder disputa, sin tener enemistad alguna y hasta sin conocerse. Y en las cuatro esquinas de S. Isidro hirió á Francisco Costa, y dió un golpe al parecer con el mango del puñal á Antonio Peñalva.

Noticioso el juez de primera instancia, se dirigió asociado del alguacil y otro hácia la casa de Bolo, y al volver la esquina de la calle Mayor encontraron de improviso á dicho Bolo, que, ademas del sable y puñal ó daga, llevaba una carabina que habia tomado de su casa, y echándose el

(1) Creemos que nuestros lectores verán con placer una causa que por su celebridad merece la atencion pública, y la defensa del jóven letrado D. Mariano Die, que hizo con un celo que le honra y con ilustracion nada comun lo que su deber le ordenaba, para arrancar á su cliente del patíbulo.

alguacil sobre él, se resistió Bolo, en términos que el juez tuvo que tomar parte en la refriega, arrancándole de la mano el sable, y asiéndose de la carabina José Valero, que á la sazón llegó allí, hasta que lograron sujetarle y conducirlo á la cárcel.

Bolo en su indagatoria confesó lo de Vallejos y su muger, diciendo que lo habia hecho porque Vallejos le provocó diciéndole que era mas hombre que él; que luego dió golpes á todo el que se le aproximaba por la calle, punzando á cuantos encontraba, sin que conociese á nadie, porque pensaba irian en defensa de Vallejos; que no sabia si de resultados de las punzadas habia herido ó muerto á alguno; que cuando le prendió el juez con la carabina, sable y daga llevaba el objeto de fugarse; que en el estanco de San Roque solo bebió medio vaso de vino, sin que de este ni de otro licor hubiese bebido mas en toda la tarde; que no le hizo daño el vino, y estaba en su cabal juicio, y tan sereno como en el acto de declarar cuando fue en busca de Vallejos para ver si era tan hombre como él, asi como cuando punzó al mismo y demas que encontró en la calle y se le aproximaban, y que en 1846 habia sido otra vez procesado por intentado suicidio. Asi consta de testimonio.

A seguida el juzgado dictó auto para que á pesar de la cordura con que habia contestado al declarar Antonio Bolo, se le hiciese reconocer por los facultativos para que depusiesen acerca del estado de su juicio. Y en la misma noche digeron que el estado mental de Bolo era el normal, sin advertir en él ninguna perturbacion, por la que se pudiera inferir ningun acto de locura ni embriaguez, por haberle encontrado muy cuerdo en sus contestaciones. En el siguiente dia volvieron á relacionar que habian reconocido con la mayor detencion y á diferentes horas á dicho Bolo, y héchole varias preguntas relativas al estado de su salud, y aun á los hechos porque se hallaba preso, y habian visto por sus contestaciones que de ningun modo se notaba alteracion en sus funciones mentales, ni señales de embriaguez ni aturdimiento por el uso de licores espirituosos. Y en otra relacion que hicieron á los dos dias de la anterior declararon, que por todas las investigaciones y preguntas que se le habian hecho á Bolo seguia este en su estado normal, y conforme en sus contestaciones.

Bolo en la confesion afirmó el cargo con respecto á la herida de José Vallejos y su consorte, escepto en la parte que se dice haber pegado con el sable á Vallejos, porque este fue el que quiso sacarle el sable, y entonces echó mano de la daga para defenderse, porque vió que se echaban sobre él una muger y otro hombre. En cuanto al cargo de que en la calle de San Pedro encontró á tres hombres, y acometiéndoles por la espalda dió alevosamente de puñaladas á Juan Iborra, causándole la muerte, y luego dirigiéndose á José García, compañero de Iborra, le hirió en la muñeca, pudiendo evitar el golpe el tercero, que era Antonio Díez, por medio de la fuga, sin haber sido provocado ni tenido con ellos cosa alguna; contestó era cierto, pero ignoraba si á quien dió las puñaladas eran las personas que se indicaban en el cargo, porque no las conoció, pero se figuraba que iban en defensa de Vallejos. Al cargo de haber acometido en las cuatro esquinas de la calle de San Isidro á dos hombres por la espalda dando un golpe con el puño de la daga á Antonio Peñalva, y luego un pinchazo á Francisco Costa, causándole la herida del brazo, sin tener con ellos disputa alguna, dijo que no recordaba tal hecho. Y al otro cargo de

resistencia que hizo al juez en el acto de prenderle, contestó haberlo verificado porque trataba de fugarse.

Y seguida la tramitacion ordinaria el juez inferior definitivamente juzgando, condenó á Antonio Bolo, agente de proteccion y seguridad pública, soltero, á la pena de muerte en garrote vil, mil reales vellon por resarcimiento de perjuicios á la viuda de Iborra, con los gastos de curacion y medicinas á los heridos y las costas.

Consultado este definitivo con el tribunal superior, y dado vista al fiscal de S. M., éste espuso: «Que el motivo que aparece impulsó á Bolo para buscar y herir á Vallejos, fue el deseo de vengar una ofensa reciente por la disputa que habia tenido con él aquella misma tarde, al salir del estanco del barrio de S. Roque, y el haber herido á la consorte de aquel, se comprende tambien que fue por haber salido en defensa de su marido y tratado de impedir le hiriera, sujetándole al intento el sable con que le pegaba.

«Estos dos hechos, aunque muy criminales en sí, se esplican fácilmente, porque se ven los motivos que determinaron á Bolo á egecutarlos; mas los que en concepto de este ministerio no tienen racional esplicacion, lo que no solo no se concibe con facilidad, sino que suspende el ánimo y lo deja dudoso y perplejo son los hechos posteriores, y en particular, la muerte del anciano Iborra, que es el de mayor gravedad. Este desgraciado y sus dos compañeros marchaban descuidadamente por la calle, no habian tenido quimera ni desavenencia alguna con Bolo, quien ni siquiera los conocia, y sin embargo, llega por detrás y clava el puñal homicida en las espaldas del primero, y le deja cadáver en el acto, y luego embiste á cuantos encuentra hiriendo á unos y debiendo otros su salvacion á la fuga. Al enterarse cualquiera de estos hechos, la primera idea que se presenta en el ánimo es si estaria en razon y en su cabal juicio quien obraba tan descordada y locamente, y si obraría Bolo con plena deliberacion y con aquel grado de libertad moral que se requiere para la imputabilidad del delito. Al mismo juez de primera instancia le ocurrió esta duda al instruir el sumario, y le ocurrió á pesar de que Bolo manifestó que estaba en su cabal juicio y con la misma serenidad al cometer los crímenes que en el acto de declarar, y por ello le hizo reconocer por los facultativos. La misma serenidad con que afirmaba el reo en su declaracion indagatoria haber cometido aquellas atrocidades, es muy sospechosa atendidos todos los antecedentes, cuando lejos de constar en la causa que tuviese motivo alguno para arrojarle á cometerlos, á escepcion del resentimiento con Vallejos, aparece que no los habia pues ni existia mal querencia entre él y los ofendidos, ni siquiera sabia sobre quien descargaba las puñaladas; de manera que segun la instruccion que hasta aquí tiene la causa, ó ha de convencerse que Antonio Bolo es un hombre sanguinario con instintos de tigre, ó ha de sospecharse que sus funciones intelectuales pudieron sufrir en aquel lance alguna alteracion que le sacó de su estado normal. En comprobacion de lo primero no existe antecedente alguno en la causa, por el contrario, desmienten aquel concepto la buena conducta que aparece haber observado Bolo en el ejército segun la licencia de cumplido, y el nombramiento de agente de proteccion y seguridad pública. En cuanto á la posibilidad de lo segundo existe un precedente digno de toda atencion, cual es el haber intentado suicidarse á mediados del año próximo pasado, habiendo quedado

para siempre lastimado del tiro que se disparó, sobre lo cual se le formó la correspondiente causa que terminó con el indulto." El Sr. fiscal concluyó pidiendo la union á ésta de la causa sobre suicidio, y hecho resultó por declaracion de facultativos que la estacion, clima, edad y temperamento é idosencracia particular del herido Bolo, le produjo á no dudar, una monomanía suicida, y en su reaccion lo efectuó persistiendo esta hasta casi la convalescencia, que lo fue en los dias últimos de julio, sin que por esto se pueda decir que vuelva á perpetrar el crimen.

En vista de todo lo cual, el fiscal de S. M. dijo: Que el obrar desatentado de Antonio Bolo en la lamentable ocurrencia que motivó la formacion de esta causa, acometiendo, matando é hiriendo indistintamente á personas que no conocia ni le habian ofendido, y los antecedentes que resultaban en la misma acerca del suicidio que intentó en el año anterior, sin haber logrado consumarlo, le hicieron sospechar que podria dicho reo adolecer de alguna especie de perturbacion mental, crónica ó periódica que debiera considerarse como motivo suficiente para escluir ó atenuar la imputabilidad de tan graves delitos. Promovida esta sospecha en su ánimo, y fijos los ojos en la ley que prohibe que se acuse al loco furioso ó desmemoriado de cosa que ficiese durante la locura, juzgó necesario adquirir mas luz y mayores datos para juzgar con seguridad en materia tan grave y delicada, y al efecto pidió la union de la causa sustanciada sobre el delito de suicidio. La sala se sirvió acordarla, y en su consecuencia el fiscal la ha examinado muy detenidamente, procurando descubrir la relacion que el atentado de Junio del año 46 pudiera tener con las atrocidades del 47, en cuanto á las causas morales que pudiera influir en su perpetracion. Este exámen ha desvanecido la duda, porque atendidos y comparados todos los hechos que resultan de ambas causas, no halla este ministerio racional fundamento para abandonar la presuncion legal de que todo hombre obra con pleno conocimiento y con libre deliberacion mientras no aparezca lo contrario de pruebas convincentes.

(Se continuará.)

A LA LUNA DE VALENCIA.

(Continuacion.)

Aquel papel, entre otras cosas, decia:

«No me detendré en encarecer los grandes servicios que puede dispensarnos una persona de nuestra entera confianza: si se encuentra no se debe dudar un momento en ponerla al corriente de aquello puramente indispensable que haya precision de decirle, cuidando de que no llegue á traslucir nunca el oculto motor que la dirige. Ciertas gentes acudirán presurosas, tan pronto como se esparza la noticia de las répetidas suertes.... y ella tendrá muy buen cuidado en ser la trompeta de la fama, cuyo eco se oirá en todas partes. El trato frecuente que tendrá con las personas de valer, engendrará en aquella jóven el deseo de sobresalir siempre, á costa de los mas incesantes desvelos; y una vez impregnado su

corazon con este deseo irresistible, será fácil cosa lo demas.—En cuanto al retrato se puede asegurar será una especulacion á pedir de boca.”

¡Soberbio! dijo D. Hipólito, la buena Estefanía es un tesoro. ¡Oh! siguiendo así dentro de poco habré conseguido hacerme millonario. ¡Brabo! ¡magnifico! exclamó al mismo tiempo con esa alegría febril que produce una pasion satisfecha.

Pasemos al último capítulo.

Don Hipólito continuó la lectura, mirando con mucha detencion una carta escrita al parecer por una mano temblona.

La carta decia así: «Me falta el valor: ya no puedo soportar por mas tiempo el peso de mis desgracias.... El único medio de salvacion que me resta, es apelar á V. Mucho he luchado, pero si sucumbo, será despues de arrostrar todas las consecuencias que en un momento de desesperacion me ha sugerido mi exaltada fantasia. Daré ese paso, porque esta incertidumbre en que vivo, me es mas costosa y cruel que el desengaño mismo.”

--Cosa estraña, murmuró, ó esta muger está loca, ó ese hombre á quien tan perdidamente adora la atormenta sin cesar con sus celos y sus imprudencias. ¿Cómo se escapa á su talento, que lo que intenta ver con sus propios ojos es una farsa, una mentira indecente á la que solo dan crédito ciertas gentes escesivamente crédulas y dominadas por ese espiritu de fanatismo; que exalta su pensamiento á regiones desconocidas? ¡Ella, tan jóven, tan hermosa y dominada por esa creencia que le conducirá á un abismo! ¡Pobre Julia!

Y al decir esto, D. Hipólito exhaló un suspiro.

--Decididamente, continuó, voy sintiendo un enternecimiento que me induce á creer que tal amor no ha muerto todavia en mi corazon. ¡Ah!

Y volvió á suspirar de nuevo.

--Pero ¿qué es lo que pasa por mí? Yo que estoy acostumbrado á secar raudales de lágrimas con una sola palabra, que gozo y rio cuando contemplo la desgracia de una familia.... ¿cómo puedo en este momento desprenderme de mis sentimientos, y dejarme llevar de una compasion mal entendida, que ha de perjudicarme de una manera tan directa, cual es.... ¡Oh! no quiero pensarlo siquiera: perder mi fortuna, mi posicion....

Pero como si esta palabra fuese un tósigo, no le dejó acabar la frase.

--Miserable condicion humana, exclamó, ¿por qué el hombre ha de sentir remordimientos una vez que se precipita en la carrera del vicio y del crimen?... ¿Por qué está oyendo á todas horas una voz que le persigue, que le atormenta de continuo, por sordo que quiera hacerse, cuando cree tocar con sus propias manos el fruto de sus desvelos?...

Y mudando de tono prorumpió en una carcajada estrepitosa, añadiendo al mismo tiempo:

--Vamos, decididamente me voy haciendo filósofo, filósofo.... y con dinero.... Sin embargo, el recuerdo de esa niña me sigue por todas partes.

Entonces tomando un voluminoso paquete de cartas que habia en el libro, dijo:

--Tengo razon, estas cartas valen un tesoro: yo las poseo como única garantía de crecidas cantidades entregadas á una muger. Ellas son el secreto de su honra.... me dará cuanto quiera.... y todavia mas de lo que

pueda ambicionar.... Porque ¡por un retrato, que es la otra mitad de su secreto!... Y sin embargo, mi corazón flaquea al recuerdo de esa niña, sola, abandonada de todos, sin un pariente, sin un amigo que la proteja.... ¡Oh! no hay duda, yo estoy enamorado. Siento que mis fuerzas me abandonan, me encuentro débil.... Si llego á ponerme en su presencia.... ¡Está de Dios que un ángel destruya la obra de diez años!

Y fascinada ya su mente, exclamó como fuera de sí:

--Yo dejaré este modo de vivir; me separaré de mis compañeros; abandonaré esta tierra, y te consagraré mi vida para siempre.... ¿Qué mas puedo hacer siendo tu esclavo? ¿qué mas siendo tu mas fiel amante?

Al mismo tiempo se oyó en la guardilla, que habitaba aquella Inés que el lector solo conoce por el nombre, que entonaba aquella canción vulgar y exclusivamente propia de ciertas gentes de este país.

Amor, no pongas amor, etc.

Y como si el eco de esta voz fuese la trompeta del juicio, D. Hipólito sintió un estremecimiento, que le hizo bambolear en su silla.

Al mismo tiempo contempló el paquete de cartas y dijo:

--No, que sucumba, ya que la voz de esa muger parece hablar conmigo. ¡Oh! es peligrosamente hermosa y debo aborrecerla. No me amará nunca.

Don Hipólito, como todo hombre que ha luchado largo tiempo consigo mismo, sintió un cansancio, una fatiga, que al poco tiempo le produjo un sueño irresistible.

--Descansemos un poco, murmuró, no sin haber tenido la precaucion de coger con ambas manos su libro de memorias.

V.

DIALOGO.

Mientras que D. Hipólito dormía, y la vieja Estefanía echaba mil cuentos galanas contemplando aquel retrato que tan cuidadosamente guardó, se disponia otra escena en una de las guardillas de este misterioso caseron.

Inés, esta jóven que el lector va á conocer en breve, permanecia de pie frente á un pequeño espejo que habia clavado en la pared, y haciendo mil desguinces y contorsiones, en tanto se ponía un schal de terciopelo azul turquí, que á decir verdad, hacia resaltar su tez blanca, y los grandes rizos que le caían hasta el nacimiento de la garganta.

Inés, sin ser hermosa, podia disputar á muchas el honroso lugar en que las coloca la adulacion de los hombres, cuando se empeñan en prodigar este epíteto á ciertas mugeres que son medianías en su clase. Su fisonomía revelaba cierto aire de sensibilidad y apasionamiento; pero sus ojos vivos y alegres, y lo delgado de sus labios, comunicaban al conjunto de su semblante cierto aire de malicia que indicaba el error de los deseos en aquel corazón, si bien dócil y tierno de suyo, contrariado no obstante por una imaginacion algun tanto impresionable.

Inés se volvió á mirar al espejo, y viéndose retratada en él, no pudo menos de exclamar con ese tono que indica el amor propio satisfecho:

--Debo estar muy hermosa.

Y haciendo un movimiento con su cabeza, tan gracioso como elegante, exhaló un suspiro, y añadió:

--¡Pobre Juan! ¡ay! cuán contento estaria si me viese en este momento. ¡Me ama tanto!... Y al pronunciar esta palabra sintió que se le humedecían los ojos, y latía su corazón con fuertes y desiguales palpitaciones.

--¡Es tan bueno! continuó. ¡Oh! recuerdo en este momento cuando me daba lección.... Se tomaba tanto interés, que sería una ingratitud no corresponderle con igual ternura.... Y cada vez que pienso que soy la causa de que haya abandonado su familia, sus amigos.... que ha sacrificado por mí hasta el reposo, que está reducido al último extremo, y que solo yo, con el eco de mi acento, le he impedido tomar una resolución funesta.... Si, si, le amaré siempre con igual ternura. El es joven, abriga esa noble ambición de gloria que conduce al hombre hasta el heroísmo.... y algun día realizará esos sueños que agitan su exaltada fantasía. Entonces nos sonreirá la felicidad, todo será dicha, y al recordar las penas y sinsabores de nuestro pasado, nos creeremos trasportados ante un mundo de nuevas ilusiones, próximas á realizarse.

--¿Y por qué no se han de realizar? se preguntó á sí misma. ¿No está acaso en mi mano.... ahora.... en este momento? ¿no tengo una palabra empeñada, que á muy poca costa me proporcionará cuanto deseo, para salir de este estado miserable en que me encuentro? Será un secreto para él, no importa: bien puedo no hacerle depositario de éste, ya que me proporciona inmensas ventajas; ventajas, sí, que alcanzarán á los dos.

--En fin, añadió, con esa resolución propia de una mujer cuando se decide á una cosa, estoy resuelta.

En este momento se oyeron pisadas en la calle. Inés se dirigió á la ventana, y descorriendo suavemente el cerrojo, se asomó á ella.

La noche continuaba fría, y la lluvia empezaba á caer menuda y espesa.

Al mismo tiempo que Inés abrió la ventana, sonaron dos palmadas en la calle.

Estas palmadas las dió uno de los huéspedes que cenaron en casa de la señora Macaria.

Venia solo.

Vamos á principiar la traducción del poema que en idioma catalán escribió D. Joaquín Rubió y Ors. El mérito de la composición es indisputable, habiendo sido justamente premiada por la Academia de buenas letras de Barcelona.

Si en la traducción se notan algunos defectos serán nacidos de las grandes dificultades que ella presenta, tales como el género del metro, la consonancia de las dicciones, y la abundancia de monosílabos que se nota en el original.

A pesar de todo publicaremos con gusto unas páginas que contienen los mas bellos pensamientos de poesía, y los mas gloriosos recuerdos de nuestra historia.

ROUDOR DE LLOBREGAT.

POEMA EPICO EN TRES CANTOS.

INTRODUCCION.

I.

Reinas de la belleza y los amores,
Niñas que en el palenque os presentasteis
Y la sien de guerreros vencedores
Con el lauro de honor engalanasteis,
Que en la tenzon (1) de muchos trovadores
El amor y alabanzas escuchasteis;
Angeles que el Señor puso en la tierra
Para vencer á invictos en la guerra.

II.

Venid á mí; yo canto la hermosura,
Los paladines, damas y batallas;
No siempre late el pecho so armadura,
Ni siempre canto al pie de altas murallas;
Soldado y trovador voz de ternura
Da en el arpa la mano que abre mallas,
Y guerras canto á quien por lid suspira,
Y amor á la que al bravo amor inspira.

III.

Caballeros venid; en mis canciones
Os hablaré de trances muy honrosos,
Sé la historia de reyes y naciones
Llena de gloria y nombres mil famosos,
Vi en las tumbas de nobles infanzones
Sus escudos y lemas amorosos;
Fueron valientes, pláceme el cantarlos
Cual os place á vosotros imitarlos.

IV.

Venid, conmoveré vuestras entrañas
Castellanas, altivas y divinas,
Yo trobé amor sentado en las cabañas,
Y á los reyes canté lid y ruinas,

(1) Certámen poético.

Yo aprendiera en las ásperas montañas
De mi Provenza, historias peregrinas,
Del cruzado recuerdo las victorias
Pues con fe tomé parte en tantas glorias.

V.

Si en vuestros dulces ojos queda llanto,
Vertedlo por mi patria sin corona,
Y acercáos á mi; la quiero tanto
Como el infante el pecho de matrona;
Yo su virtud y sus batallas canto,
Y pues debo mi ser á Barcelona,
Si lauro alcanzo yo será para ella,
Cual la ofrenda mas digna, y flor mas bella.

VI.

Y tú, heroína del Señor gloriosa,
Mas que patrona de mi patria amiga,
Tú que un poco de incienso á la orgullosa
Roma negaste de tu fe enemiga,
Tú que dabas al preso cariñosa
Tornado en flor el fruto de la espiga,
Vibra desde tu trono, mártir pura,
Al arpa y corazon fuego y dulzura.

VII.

Dulzura y fuego da para cantar
Las olvidadas glorias laietanas,
Pues en mis trobas quiero presentar
La fe de las armadas cristianas
Que pisaron la Grecia por borrar
De su cielo las lunas mohometanas:
Sean, Virgen, teniéndote por guia
Mis glorias tuyas, la fatiga mia.

GOSTUMBRES.

DE BAILE EN BAILE.

ARTICULO 2.º

Dimos en nuestro primer artículo una rápida ojeada sobre las escenas que tienen lugar en los salones de máscaras que se llaman comunmente de segundo orden: estamos en el caso, lector carisimo, de dar cumplimiento

á lo que se desprende del epígrafe que nos sirve de guía, esto es, de marchar con impavidez de *baile en baile*, aunque nos rinda el sueño, y el cansancio amortigüe la vigorosa llama de nuestras ilusiones; no nos aguardarán en cita una preciosa beata, aunque lo finja, ó una encantadora vestal; pero ello es lo de menos; iremos como suele decirse, *á lo que salte*, y algo deberá pescarse en ese agitado mar de un gran salon estremadamente concurrido, por aquello de, *á río revuelto, etc. etc.*: por lo demas, siempre debemos estar persuadidos de que la diversion se alcanza por una rara coincidencia, por la casualidad, y tambien porque no se duerma en las pajas el mancebo que con algunos pereances quiera dar: asistamos sin mascarilla pues al salon lujoso y magnífico de la Casa-lonja; alli oiremos, sin deseirlo, un estenso sermon de honras, y tal vez la espresion de los resentimientos que no se han producido hasta aquel instante por llevar la cara descubierta y sin máscara en los demas dias del año, en que no podemos conocer profundamente la verdad de los afectos que se nos prodigan con la risita en los lábios, y las buenas palabras que forman el laberinto de que nadie pueda conocer á otro por lo bien que se disfrazan las cosas en estos tiempos; pero hétenos ya metidos sin quererlo en un embrollo, del que debemos salir remitiendo su resolucíon á los escépticos, que son como pintados para estas cosas; nosotros, apasionado lector, vayamos sin titubear al punto dicho, y aunque nos tengan por superficiales, hagáse nuestra santa voluntad, que es lo que promete la época á los que han tenido la dicha de nacer en siglos como el del vapor y las luces.

El saion de la Casa-lonja, ¿quién podrá sentirse con inspiracion brillante para trazar cuanto en él ocurre, cuanto se vé en él, y lo que en él se oculta, en noches de gran concurrencia para uno de sus bailes? No es este el caso dado para esperar que se hagan grandes revelaciones, ni menos en un artículo de costumbres, en el que deben aparecer ideas generales, sin sacar á relucir lo mucho que se calla, por exigirlo la conveniencia propia; y por no entrar en cuestiones con algun prógimo que sintiera herida su estremada susceptibilidad, al querer nosotros poner algunas notas á su historia contemporánea; nada, nada, nuestro cometido se cumple con presentar escenas que á nadie resientan, tal vez por demasiado triviales, apuntaremos en nuestra cartera algunas observaciones curiosas al vernos en la imposibilidad de relatarlo todo; quien hace lo que puede.... etc.; y poco en verdad creará el lector, con justisima razon, que debe prometerse de nuestro magin; pero ello es que uno debe poner el cascabel al gato, y que estamos con pluma en ristre para acometer la empresa, aunque el animalito nos dé un arañazo que nos raye la piel ó nos marque á su gusto.

La Casa-lonja, en uno de sus bailes, ofrece un buen partido para la juventud de zumba y chiste, amiga de jaranas y fiestecillas divertidas; ya entramos en el local, ya vemos en toda su estension una reunion de mas de 2000 personas; unas oleadas inmensas del gentío, que impiden el libre tránsito á los concurrentes; se oye un ruido inalterable y atronador, la aguda voz de los enmascarados, la música, las carcajadas y los gritos de tantas personas, cada una con su capricho ó su locura, parodiando escenas que la humanidad estima como de la mas alta valia; aquí se vé todo puesto en burla, como en demostracion de que nada hay perfecto en la tierra; aquí, en fin, debe el hombre entrar para conocer su condicion y

sus virtudes, como para estudiar en cierto modo el fondo del corazon humano: lecciones se reciben en un salon que tiene dentro de sí algunos centenares de máscaras, bueno es que oigamos la verdad de cuando en cuando para gozar algun resplandor de luz perfecta en el siglo de las luces; no dejamos por ello de entrar al propio tiempo en la cátedra del fingimiento y del engaño: ¿reinará mas la verdad ó la mentira en este recinto destinado al gozo, al placer y á la dicha, como centro de ilusiones y de gloria? la mentira triunfa en la competencia que hemos sentado, pero no es este el propósito hecho anteriormente; cumpla cada cual su gusto, aunque se hunda el edificio de cada embolismo que salga de lábios de un amante al requerir á su beldad contristada, ó de cada trasformacion que hagan ellas de su piadoso y tierno sentimiento; nosotros vemos una porcion de colores que ofrecen la mas variada perspectiva, y muchísimas cabezas que se mueven ligeramente como tocadas de humo imperceptible que llena la atmósfera de este bellissimo recinto; la generalidad rie y se siente como inspirada en sus horas que llama de felicidad; es feliz aquel que cree serlo; muchos ostentan el gozo en su frente y tienen, á pesar de todo, el corazon lastimado: vemos mucho que puede llamarse inesplicable para dar una descripcion en globo, porque la vista quedó con una especie de encanto que presta admiracion á los sentidos: preciso será que descendamos á examinar con detenida cuenta lo que hemos logrado conocer por el maravilloso efecto de una perspectiva mágica que ha trasformado nuestra existencia en un momento, para elevarla á regiones de ilusion fantástica y de placer.

Veamos con la esplendente luz de la razon, lector carísimo; comencemos nuestra correria, pasando por el tamiz cuanto se presenta digno de observacion; pero ¿quién diablos nos interrumpe? ¡Ah! bien, una mascarita graciosa con su atiplada voz: — Amigo mio, no me conoces. — Por supuesto que no. — Tienes un cuerpo lindísimo, unos ojos negros centelleantes que hacen perder el sentido.

--Oye, ¿por qué has mentido un amor que tan fatal debiera ser á la pobre Adela? ¿por qué sois tan injustos los hombres?

--No creas tal, hermosa niña; tú los juzgas como un enemigo puede juzgar á otro: dime quién eres, y me dispensarás una grata complacencia.

--Soy muy desgraciada, y muy fea; si me vieses, huirias al momento de mí.

--¡Ah! no puede ser, indícame tu nombre, date á conocer, porque tu voz simpática y tierna me enamora: yo abrigo una sensacion en este instante, que me hace olvidar todas las penas de la vida; descúbrete, alma mia, ó dime tu nombre.

--Mi nombre te es odiado, yo te quiero en recompensa mucho, muchísimo, pero tú no me haces caso; me miras con la mayor indiferencia, y mis ilusiones se marchitan con tu calma que se asemeja á la del abrasador estío. Si yo te dijera lo que siento, pero....

--Dime quién eres, bien mio, yo corresponderé dignamente á ese afecto con que me honras.

--No, no, luego veremos si puedo darme á conocer; adios, acuérdate de mí, soy muy desgraciada, pero adios, te querré siempre, no me olvides.

--Se fue, ligera como una aérea vision que viene á inspirarnos, ella se lleva al partir la ternura del corazon y el encanto de una sublime idea,

¿por qué la hemos visto? cuando la muger obra de este modo, es ó muy injusta, ó muy desgraciada: ya encendió una llama en nuestro corazon, ya se hizo adorar sin darse á conocer, ¡cuán cerca nos hallamos mil veces de la felicidad para verla desaparecer luego como una sombra vana! ya nos emprende otra mascarita.

--Escúchame, bribon.

--Gracias, hija mia, te las doy por tu saludo insinuante y amable.

--Todo te lo mereces, y aun mucho mas, por tu coquetismo y presuncion estremada, todas te odian y yo tambien; no, no te quiero y me alegraré de que te den calabazas cuantas niñas se vean de tí obsequiadas.

--Oye, beatita, estás hecha una furia contra mí.

--Mira, quiero decirte muchas cosas, pero.... no, te dejo, tú me lo pagarás.

--Qué demonio de muger; cosas de mundo, entre ésta y la anterior, tengo gran duda sobre á cuál de ellas ha dicho la verdad, no obstante á buen criterio, puede conocerse que aquella habló para hacer dudar sobre un modesto amor que tal vez no existiera; ésta, por un efecto sincero, que tiene por órgano de espresion al resentimiento: no hagamos caso de cuanto aquí nos ocurra, porque llegaremos con tal debilidad á perder la razon: adelante, adelante.=*Francisco de Paula Gras.* (*Se concluirá.*)

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por *D. Joaquin Barro de la Caste.*

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

CAPITULO XI.

De como Francisco Clopin reconoce bajo los hábitos de fraile á un antiguo conocido suyo, y como éste le hace variar de opinion y volverse á París.

No tardaron en oirse pasos en el corredor, y poco despues se abrió la puerta, dando entrada á un hombre de quien ya hemos hablado al lector al principio de esta historia.

Clopin, que no era otro el que entró, se detuvo dos minutos examinando al fraile, como si debajo de aquella larga capucha, hubiese querido reconocer á algun antiguo camarada; mas apenas hubo reconocido al que tenia delante, se quitó su sombrero respetuosamente, y abriendo los ojos como un hombre que cree ver un fantasma, exclamó:

--Perdonad, señor, si anduve algo descortés con vos. ¡Oh! creedme, no os habia conocido. Esos hábitos os desfiguran mucho.

--Tú tambien estás envejecido. Y dime, ¿qué te obliga á dejar la Francia?

--Una calumnia.

--¿De qué te acusan?

--Nada menos que de haber asesinado al duque de Marancy.

El fraile fijó sus ojos en su interlocutor diciendo:

--¿Cómo, te has hecho protestante?

--No, nada de eso, sigo siendo católico. ¿Olvidasteis que fui yo el que mas puñaladas dió la noche de San Bartolomé al cuerpo del almirante?

--Sí, todo lo recuerdo, y por eso extraño que te imputen á tí el asesinato de la persona mas católica de Francia.

--Nadie está exento de una calumnia. A veces los hombres mas honrados....

--¡ Ah, Clopin, Clopin! tú no tienes para mí la confianza de otros tiempos. ¿Será por ventura que estos hábitos te infunden respeto ó desconfianza?

--No, por vida del Papa. Yo siempre soy el mismo.

--No, no eres el mismo, Clopin: te conozco muy bien, y sé que no eres de esos pájaros que huyen apenas ven al cazador: tú eres de los que contemplan impassibles el peligro: tú nunca has huido, sino cuando has sido criminal. Ahora huyes, *ergo*....

--¿Soy criminal, hé?

--Sí; tú con tu gente le asesinaste sin duda.

--Yo fui. A hombres como vos se les puede decir todo. Un jóven me propuso ese negocio, prometió pagarme bien su muerte y acepté, porque la verdad, el que me pedía este favor, era un chico á quien yo quería mucho, y porque ademas mi gente hacia un mes que no trabajaba: estaban todos entrampados. Su capitán mismo lo estaba, y por consiguiente habia necesidad de dinero.

En esto estaban de la conversacion, cuando advirtiéndolo el fraile que Clopin no tenia vino en el vaso y que lo habia buscado en vano en las dos botellas, llamó al posadero.

--¿No es verdad, Clopin, que este vino es excelente?

--Sí, muy rico, pero escasea. El vino que me han dado á beber por esas posadas es muy malo.

La posadera se presentó á la puerta.

--¿Vuestro marido no sube?

--¿Le llamabais á él? Habreis de tener, pues, paciencia por algunos instantes. Ha llegado un viagero á quien se le ha reventado el caballo, y han entrado en la cuadra á ver si se ajustaba con uno.

--¡ Un viagero! ¿Decís que ha llegado un viagero? ¿y de dónde viene?

--De Madrid. Es un apuesto caballero.

--Creo que la llegada de ese señor no impedirá el que bebamos de ese rico vino que hay en esta posada.

El fraile, sin cuidarse de lo que acababa de decir Clopin, añadió:

--¿Decidme, buena muger, ese caballero es jóven?

--Sí, manifiesta tener veinte y dos años. Va muy ricamente vestido.

--¿Le habeis oído decir si piensa permanecer muchas horas?

--Pero qué nos importa que ese jóven se quede ó se vaya, ni que venga bien ó mal vestido. El vino, que nos traigan el vino, y suceda lo que quiera, dijo Clopin.

--A tí Clopin tal vez no te importe nada, á mí me importa mucho.

lo que técnicamente se llama de *falsete*, produjo en la egecucion de ciertos periodos el efecto de una voz especial sin el inconveniente tono y espresion; mas como en el *cuartetto* se ostentó bastante acertado, de seguro hubiera conquistado una regular acogida, atendidos sus esfuerzos por agradar, si en el duo del tercer acto, escollo de grandes artistas, no hubiera abusado de sus medios vocales, cuya bondad le reconocemos sin necesidad de exagerados alardes. Por ello mas correcto en la segunda representacion, acalló los murmullos del público, quien de esta suerte apreció como nosotros la facilidad que naturalmente posee el Sr. Font, en el paso al *falsete*. En cuanto á actor, sentimos no poderle tributar grandes elogios, ya que á su buena figura no reúne por desgracia todavia aquella soltura y costumbres escénicas que exige la ilusion dramática. La Sra. Cattinari ha cantado su *Elvira* con afinacion y gusto por lo general, si bien la aplaudida polaca no ha logrado resucitar esta vez aquel furor y entusiasmo que era una de las primeras glorias de la Sra. Villó. Tampoco hemos podido aplaudir el lindísimo final, que sin formar parte de la ópera, nos dejaba no obstante el recuerdo de una impresion deliciosísima, despues de haber admirado la fácil y brillante egecucion de nuestra española; verdad es que en punto á supresiones, otra mas censurable notamos en el primer acto. Concluiremos ya que nos ocupa un *spartito* tan oido como criticado en esta capital; y no hay que decir si somos ó no severos, porque quizá podriamos llegar á serlo si se pusiese en tela de juicio nuestra imparcialidad y buena fé. La *cabaletta* del aria de tiple fue cantada *troppo adagio* en nuestro profano concepto, la romanza del bajo se resintió de igual lentitud, los finales concertantes se desconcertaron en algunas frases, y el público escuchó en silencio el célebre duo de bajos. ¿No comprueba todo ello la exactitud del juicio que al principio sentamos? Seamos no obstante justos con los Sres. Gironella y Segarra, ya que la cavatina del barítono y el andante *il rival salvar tu dei*, merecieron dignas muestras de aprobacion. Poco y malo podemos añadir sobre el beneficio de la Sra. Valero. *El celoso y la tonta*, comedia que creemos de D. Dámaso Isusquiza, se resiente visiblemente de la corrupcion literaria de la época en que se escribió. El argumento y plan de esta composicion son lo que suele llamarse divertidos en el frívolo language de la multitud, pero el estilo y la elocucion son en pasages hasta chabacanos y groseros. El Sr. del Rio estuvo propio, admirable, la Sra. Valero regular: mas proligidad en este punto, nos haria tan pesados como el mismo beneficio de nuestra distinguida actriz.

Restablecido felizmente el Sr. Palma, ha sobresalido, como era de esperar, en *Gemma*, arrebatando por su profunda espresion, á pesar de no estar completamente en voz.

La cuestion de arriendo sigue en cuestion, y es lo único que podemos participar á nuestros lectores á última hora. Sin embargo, confiamos en que las autoridades sabrán elevarse á la altura de las circunstancias, viniendo á cualquier precio las graves dificultades que se tocan en este asunto.